

á todo reir de aquellos nunca imaginados tormentos.

Y sin embargo, aquel Imperio, que tanto y tan cruelmente perseguía á los cristianos, preparaba en el fondo de la sociedad la obra augustísima del Cristianismo. El emperador tomaba la censura, y la censura en sus manos era un puñal con que exterminaba á los patricios, á las familias de los Silas, de los Pompeyos, de los Lépidos, de los Domicios, de todos aquellos aristócratas egoistas y exclusivos que se habian interpuesto en el camino del hombre al Capitolio, impidiéndole el logro de su libertad y de su derecho; y al mismo tiempo que hacia esto, que iba demoliendo, triturando esas razas privilegiadas, llamaba á los caballeros al senado, á los plebeyos al órden ecuestre, á los latinos al derecho romano, á todos los pueblos de la tierra á la ciudad, á los esclavos á la emancipacion, á los vencidos al goce del triunfo, y con la sangre y los huesos de tantos vencidos, de tantos esclavos, de tantas gentes, formaba una nueva Roma más expansiva, más amorosa, abierta al mundo entero, hogar de todas las razas, cuerpo de una nueva humanidad, pero cuerpo que, si engendrado y nacido entre grandes y lastimosos dolores, hijo del exterminio de muchas familias, del sufrimiento de muchas razas, debia estar destinado á recibir como un ánfora nativa el oloroso bálsamo del Cristianismo.

Y lo mismo sucedia con la ciencia. Cuando Ciceron proclamaba sobre los despedazados dioses un sólo Dios; cuando describia el alma desasiéndose de la materia y cerniéndose en los espacios infinitos; cuando la escuela de Alejandría negaba lo contingente y desoia el ruido de los hechos y de los fenómenos que pasan para absorberse en la contemplacion mística de Dios; cuando Séneca decia que existe un solo Dios con varios atributos, y aseveraba la inmortalidad del alma, que viene de Dios como el rayo de luz viene del sol; cuando la ciencia llegaba á recoger todas estas ideas, todos estos principios, la ciencia preparaba el espíritu para recibir el ósculo amoroso de la religion cristiana.

Y lo mismo sucedia con el derecho. El pretor, corrigiendo las antiguas leyes, ampliando su sentido, introduciendo en ellas un nuevo espíritu, iluminándolas con una luz nueva, destruía el despotismo del padre, endulzaba la condicion del hijo, vertía una nueva vida en el alma de la mujer, preparaba la emancipacion del esclavo, sustituía á la tiranía antigua la equidad, la justicia, vivificando el derecho y las tradiciones con la razon. El jurisconsulto, señores, prepara el hogar doméstico para que sea digno de recibir la familia cristiana, como el emperador prepara para el cristiano el mundo, como la filosofia prepara para el Cristianismo la conciencia

El arte tambien contribuia á esta maravillosa obra; el arte transformando con su vara mágica la imaginacion. Virgilio que habia cantado los dioses antiguos, la naturaleza en todo su esplendor, el susurro de los bosques, el estrépito de las olas al estrellarse en la ribera, el aroma de las plantas, las mariposas que salen del cáliz de las flores, toda esta vida exuberante de la creacion; cuando el primer alba de la primera luz cristiana aún no se dibujaba en los horizontes de Roma, por esa intuicion divina del poeta, siente su seno animado por eterno y puro amor, su labios movidos por una profecía, su conciencia herida por una idea divina, su alma bañada en éther misterioso; y pulsando su lira levanta su canto al cielo y enseña á la imaginacion los primeros dulces gorgoros del nuevo arte, próximo á descender al mundo perfumado y bendecido por los suspiros y las lágrimas de Dios.

Y esto es tan cierto, que el Imperio romano, sin tener conciencia de su gran obra, prepara en sus hechos el advenimiento del apostolado de Jesucristo á la tierra y al mundo. Un dia el Salvador desde lejos vislumbraba la ciudad santa que le habia de matar, aquel templo que le habia de cerrar sus puertas, y transfigurado y oyendo la voz interior de su conciencia, extendió las manos sobre la ciudad y la maldijo, y profetizó que no habia de quedar en ella ni en su templo piedra so-

bre piedra. Y esta profecía, además de su carácter divino, estaba acorde con la lógica real de la historia. La idea de la unidad de Dios, aquella idea que el templo de Jerusalem guardaba para un sólo pueblo, se debia extender por la conciencia de toda la humanidad, debia alcanzar templos en todas las naciones, santuarios en todas las zonas de la tierra. El templo antiguo y la ciudad antigua eran demasiado estrechos para una idea tan grande. Cuando el huevo que guarda en su seno el polluelo le ha dado ya la suficiente vida, se quiebra para abrirle paso y prestar á sus alas más ancho espacio. El templo debia quebrarse, el templo de una sola nacion, para dejar paso al Dios de todas las naciones, al Dios reconciliado con toda la humanidad.

Y las señales de la destruccion de la ciudad y del templo comienzan en tiempo de Neron. Mas antes de relataros esta última catástrofe, debo presentar á vuestros ojos los últimos dias de Neron; caso que sucede antes de la ruina de Jerusalem. Vindex se levanta contra el tirano en las Galias. El emperador ni se queja ni se duele de la rebellion; solo siente que Vindex en sus proclamas le llame mal músico. Con este motivo escribe una carta alsenado, no pidiendo auxilios, sino probando que su voz es la más armoniosa y grata que han oido los hombres. (Risas.) Mas despues sabe que se ha sublevado tambien España bajo las órdenes de

Galba. En este instante la ira lo ciega, y quiere matar á todos los generales, ahogar á todos los españoles y á todos los galos que haya en Roma; envenenar á todos los senadores; incendiar la ciudad, y azuzar contra los fugitivos que pudieran huir de las llamas las hambrientas fieras del circo. Otra vez piensa en abandonar á Roma, el Imperio, en irse á Asia, en ganarse la vida cantando ó representando en Alejandría, porque á un tan buen artista, dice, nunca le puede faltar el pan. Momentos habia en que su ardor belicoso le llevaba á componer el himno de victoria para el instante en que rompiese con su espada las legiones de los rebeldes. Otras veces pensaba presentarse á las legiones, envuelto en su manto de púrpura, con su corona de laurel, más preciada que el oro, en la frente, dispuesto á llevarse tras sí los soldados con sus cantos, con sus discursos, con una palabra, y á burlar á sus generales. Sobrecogido por estas ideas, entregando su corazón á todos estos imaginarios caprichos, los remordimientos de toda su vida le asaltan, y ve en sueños á su madre con la honda herida abierta en el pecho, sus esposas lívidas y pálidas mirándole horrorizadas, su hermano Británico que le pide el poder, la tumba de Augusto abriéndose para recibirle, las estatuas que en el Capitolio simbolizaban varias naciones del Imperio, cercándole y embistiendo contra él, su alma escapando como una sombra del

cuerpo, que abandonado en un muladar, es comido por las hormigas y mil y mil asquerosos insectos. Entonces se despierta, se levanta. ¿A quién recurrirá? Todos le han abandonado. Corre por su palacio. No hay ni un guardia. Llama á las puertas de los libertos, y no le responden; va por las calles de Roma en pos de un refugio y no encuentra en Roma el amo de ayer, hoy un asilo. Favorecido por las sombras de la noche, se envuelve en su púnula, se tapa con un pañuelo el rostro, toma un caballo, y huye á todo huir á la quinta de un liberto que aun le es fiel. Nadie le conoce, y por todas partes oye maldecir á Neron. Se entra en un bosque de espinos, y atormentado por la sed y el hambre, bebe un poco de agua en el hueco de la mano, agua recogida en infecta laguna. Llega á la quinta y sabe que el senado le declara enemigo de la patria, no por criminal, sino por vencido. Entonces oye á lo lejos ruido de caballos, se aparece á su imaginacion el suplicio, el bárbaro tormento que le aguarda, se duele del mundo que va á perder en él un divino artista, y con furia se atraviesa la garganta, espirando con tanto dolor que en el arrebato de su agonía le saltaron los ojos de las órbitas.

En tiempo de Neron empieza Vespasiano á cumplir la profecía de Jesus, persiguiendo al pueblo judío, que se habia levantado contra los romanos, hasta que Tito consuma la ruina de la

ciudad y del templo. Los sectarios de Jesús huyen, según lo había mandado el mismo Hijo del hombre, y la santa doctrina se esparce por toda la tierra. Mientras tanto la ciudad antigua perece, la ciudad bíblica y su santo templo se arruinan. ¡Qué cuadro tan horroroso!

Los romanos sitiando á Jerusalem, las facciones destrozándose dentro de sus muros, el templo cubierto de cadáveres, las calles empapadas de sangre, los gritos de los moribundos hiriendo las estrellas, la peste en la atmósfera, el hambre azotando á todos; la asficción era tal, que los hijos arrancaban el pedazo de pan de las manos de sus padres; los pequeñuelos solo podían sacar sangre de los maternales pechos; los soldados mataban á los pobres que en un rincón habían encontrado yerbas parietarias, para arrancarles tan inútil alimento; el pueblo se comía hasta el cuero que cubría las puertas; una madre partió en dos pedazos al hijo de sus entrañas, arrojó la mitad al ejército y devoró la otra mitad, viendo imbécilmente chorrear por sus lívidos labios la sangre de su hijo; horrores con que se cumplieron sus profecías; y el templo cayó entre las llamas, y las piedras del santuario rodaron por las calles, y el desierto cubrió con sus arenas como con un sudario á Jerusalem; y un vapor de sangre la rodea eternamente; justo castigo que cayó sobre aquella ciudad por haberse empeñado en ahogar en

sus brazos á los apóstoles de Dios y por haberse opuesto á la salvación y al progreso del mundo.

Entre los vapores de sangre de aquella edad, entre el polvo de las ruinas, entre las tinieblas de aquellas guerras, aparece una figura, hermosísima, casta, ideal, San Juan, que corona como un ángel los tiempos apostólicos. Compañero de Jesucristo, habiendo recibido su último suspiro al pié de la cruz, habiendo vivido todo un siglo, asistió á todos los misterios, á todas las persecuciones, á todos los triunfos de la iglesia naciente. Su palabra de fuego, su caridad, su arrebatadora elocuencia, su genio esencialmente griego, hicieron del apóstol querido de Jesús el evangelista querido también de las gentes. Todos los evangelistas anteriores á San Juan nos ofrecen la vida de Jesucristo en la tierra; San Juan nos ofrece su vida en la eternidad, desde antes del principio de los tiempos. El genio de San Juan parece el genio de Platon, herido por el rayo de luz que baja del cielo con la revelación cristiana. El amor, que une todos los corazones, el amor, que transfigura todos los hombres, resplandece en las páginas de este divino Evangelio. El nos presenta el Verbo en el seno del padre, creando todas las cosas; la luz y la vida en el seno del Verbo; la luz descendiendo á las frías tinieblas; el triunfo de la verdad sobre el error; el eco de la palabra de Jesucristo, penetrando hasta en el se-

no de las tumbas; el hombre, despertándose á nueva vida por inspiracion del amor divino, y uniéndose á Jesucristo como Jesucristo está unido á su padre; la Iglesia vencedora de todas las hordas, de todos los mónstruos arrojados en su camino; el iris de eterna paz, luciendo en el cielo; la Jerusalem divina, levantándose de la fria noche de los tiempos; palabras consoladoras, pronunciadas bajo el cielo de Grecia centelleante aun de paganismo, confiadas á las auras que repetian aun los cánticos de los antiguos poetas; dichas en presencia de aquel mar, en que se mecia aun la antigua sirena clásica, y dichas por un anciano radiante aun de hermosura; anciano, que al pasar de esta vida, estrecha contra su seno á sus discípulos, les predica el amor, ve en vision profética el Cristianismo extendido por toda la tierra, y se duerme dulcemente en el seno de la muerte como el niño en el amoroso regazo de su madre, cerrando con su evangelio, con su apocalipsis, y con su vida el primer siglo de la Iglesia. (Aplausos.)

Señores, he concluido; me despido con sentimiento de mi auditorio.

No ha sido posible en este año llegar al fin de mis explicaciones. Si me ha sobrado tiempo, me han faltado estudios. La empresa, muy superior á mis fuerzas, me ha hecho vacilar mil veces en mi camino. Lo único que ha podido sostenerme, alen-

tarme, es la simpatía nunca desmentida, la benevolencia creciente del público; esa simpatía y esa benevolencia que yo nunca agradeceré bastante. Una voz interior me dice que todas esas simpatías son la manifestacion solemne, pública, de que en mis ideas está la verdad y la razon, de que mis ideas son como las estrellas que aparecen hoy entre tantas tinieblas, no porque sean mias, sino porque són la manifestacion más pura y más ingénu-a del espíritu de nuestro siglo.

Señores, voy á manifestaros mi corazon como si hablara á solas con mi conciencia. Al empezar mis lecciones me propuse recordar que la religion cristiana ha fundado la libertad moral, la igualdad natural, la union ante Dios de todos los pueblos.

Os parecerá imposible, como me lo parece á mí, que haya necesidad de recordar esto en pleno siglo décimo nono. Hay necesidad, señores, más todavía; en los que amamos la libertad hay un deber. Muchas almas, al oír un día y otro predicar una religion puramente de partido, una religion sujeta á las alternativas y cambios de la política, caen sin quererlo en errores gravísimos, como el de creer que el Cristianismo es contrario á la civilizacion. El Cristianismo, que ha infundido su espíritu progresivo á la política, su aliento del cielo á las artes, su fuego divino á la ciencia; el Cristianismo, que ha arrancado la idea de nues-

tra personalidad de las garras del destino, enobleciéndola y levantándola hasta el cielo.

Yo, que soy sinceramente religioso, sinceramente cristiano, repito las oraciones que me ha enseñado mi madre y adoro el Dios que he visto adorar siempre en mi hogar doméstico; yo, que soy sinceramente demócrata, creo en la libertad y creo que su eficacia basta para impulsar nuestra civilización; no puedo consentir el divorcio sacrilego entre la libertad y el Cristianismo. Es verdaderamente inconcebible que se pretenda amortizar en pro de un partido la idea religiosa que hace diez y nueve siglos vive en el mundo, la idea religiosa, que ha flotado sobre el Imperio, sobre el feudalismo, sobre las monarquías absolutas, sobre las constituciones, sobre las repúblicas; la idea religiosa, que tiene templos en monarquías autocráticas, en Rusia; y en repúblicas democráticas, en los Estados-Unidos; es inconcebible que todos los que tienen más la palabra religion en los labios, crean que la religion puede vivir en el imperio, en el feudalismo; en las autocracias más despóticas, y que no puede vivir donde viven la libertad, la justicia y el derecho.

Esta preocupacion dañosa á la libertad, contraria á la religion, debe destruirse. Los que amamos la religion no debemos consentir que las almas liberales caigan en el ateismo; los que amamos la libertad no debemos consentir que las al-

mas religiosas caigan en la esclavitud. Es necesario evitar este mal á toda costa; evitarle con todas nuestras fuerzas.

Por eso hemos visto en nuestras lecciones la civilizacion antigua extenders e bajo la égida de la Providencia. Sus guerras, sus códigos, su literatura han ido preparando el advenimiento del Cristianismo y descomponiéndose por su propia virtud. De un lado la civilizacion en la esfera práctica pasando por tantas y tan grandes luchas, disponia el mundo á la unidad. El Oriente y el Occidente, Asia y Grecia se unen por maravillosa armonía en el seno de Roma. Es verdad que se unen para luchar, pero es verdad que luchan para amalgamarse y confundirse. En los torrentes de sangre que derraman se mezcla, se identifica la vida de estos dos grandes pueblos de la historia. Cuando despues de haber combatido en la historia de los reyes de Roma, en el monte Aventino, en el Foro, en la ley, en los campos, dentro de los mismos templos, caen como dos gladiadores rendidos, sus almas, desprendiéndose de sus cuerpos, se unen, se mezclan como dos suspiros en el seno de la gran institucion del Imperio.

Entonces el Imperio llama á los pueblos, los reúne, les habla un mismo lenguaje, extiende á todos sus derechos, á todos su ley, á todos su hogar, y forma de esta suerte lo que no habia aparecido en la antigua historia, lo que no habia so-

ñado la sociedad antigua, lo que no habian visto las generaciones: la humanidad. Pero la humanidad necesita un alma, una idea celeste, una idea divina; la ciencia antigua habia derramado en la humanidad todas las grandes ideas, pero de estas ideas sublimes no salia aún clara, determinada, pura, la idea de la unidad de Dios, ni la idea de la union de Dios con el hombre. Estas dos ideas que habian de ser el alma del Imperio, vinieron al mundo con el Cristianismo, última revelacion de Dios.

El Cristianismo, nacido en Oriente, se diferenciaba del espíritu de esta region y de sus religiones. Al dios panteista sustituye el Dios personal, y al destino la Providencia, y á la bárbara casta la igualdad, y á la degradacion del hombre el enaltecimiento de la conciencia, y al sacerdocio aristocrático el sacerdocio salido de todas las clases sociales, y al privilegio religioso la igualdad, que es y será siempre el alma del derecho. Y mientras Dios se revela así en su templo, en el Oriente la razon humana, herida de un presentimiento sublime, busca en sus libros, en sus tradiciones, en sus ideas, en sus racionamientos, en su conciencia, un Dios, como si presintiera que ese Dios ha descendido á la tierra, ha hablado y se ha encarnado en el hombre para levantarlo al cielo de la inmortalidad, á las riberas de lo infinito y de lo eterno.

El arte y el derecho, cada uno en su esfera, hace lo mismo; el arte prepara el sentimiento, la imaginacion; el derecho prepara la razon práctica; el arte lleva la esperanza al pueblo, el derecho á la familia; el arte hermosea el espíritu, el derecho el hogar; el arte con sus profecias intuitivas y el derecho con sus fórmulas reflexivas sirven á la obra sacrosanta del Cristianismo.

El Cristianismo llega, como habeis visto, á Roma. Sus sectarios son desoidos de los poderosos, y su voz penetra en el alma de los humildes; son arrojados de la sociedad, y sus ideas penetran en la conciencia; son maldecidos por todos los que libran algun interés en mantener el antiguo mundo, y desde el fondo de las catacumbas se atraen las bendiciones del mundo; son arrojados á la muerte, y desde el potro, las hogueras, el tormento, derraman una nueva vida en la conciencia, en el espíritu, en toda la humanidad; vida que brillará pura como celeste lago hasta la consumacion de los tiempos.

Este cuadro ha de completarse en el próximo curso; hemos de ver cómo pelea el Cristianismo con la vieja sociedad, cómo derroca sus moribundos ídolos, cómo ahuyenta sus preocupaciones, cómo triunfa de todos sus enemigos, cómo vé de hinojos á sus plantas á sus perseguidores. Mas por este año, señores, hemos concluido. Abandono con dolor este sitio.

Tantas muestras de aprecio, aunque inmerecidas, mueven mi corazón á eterno agradecimiento. Yo que no he quemado ni un grano de incienso en aras de los diferentes ídolos políticos que he visto cruzar como fantasmas de un sueño ante mis ojos, he puesto mi pobre nombre bajo la tutela amorosa del público, que me ha retribuido con usura de cariño y simpatías mis insignificantes trabajos. Mas si todas las muestras de aprecio que recibo las tomara para mí, para mi personalidad, cometería una usurpación. Nó, esas muestras de aprecio son la convicción íntima que todos tenéis, amigos y contrarios (no digo enemigos, porque yo no tengo enemigos), todos, de que las ideas de libertad, de igualdad, de justicia, por mí con entusiasmo profesadas y mantenidas siempre, son las únicas ideas que lógicamente puede abrigar la juventud; pues si la juventud no ama las grandes causas, si no se abraza á lo por venir que es su tiempo, si no tiene amor para los desgraciados y los oprimidos, si no trae en su frente el dulce reflejo de una tranquila esperanza, si como un cuerpo muerto se interpone en la corriente de las grandes ideas y se empeña en respirar el aire de los sepulcros, esa juventud, rémora del progreso, mentís dado á la Providencia, pasará por el mundo como el vuelo del ave por el aire, sin dejar una huella; pasará por el tiempo sin dejar eco en la historia; perseguida por las maldi-

ciones de los hombres, condenada á oprobiosa impotencia por la justicia del Eterno. (Prolongados aplausos.)

Inclinaos al abismo de los tiempos pasados, poned vuestra mano sobre la gran losa del sepulcro de la historia, evocad los manes de vuestros padres, preguntadles el secreto de su destino, y os dirán que si fueron grandes, lo fueron por haber auxiliado á la obra de la Providencia; y os dirán que siempre acariciaron un ideal oculto en los tiempos; os dirán que desde el siglo primero hasta el siglo quinto trabajaron por darnos la religión que adoramos, las primeras nociones del derecho que poseemos, la imagen primera de la augusta personalidad que en nosotros sentimos; y desde el siglo quinto hasta el décimo vertieron á torrentes su sangre por salvar las semillas de la civilización de las innumerables irrupciones de pueblos bárbaros, que amenazaban destruirlas y anegarlas; y desde el siglo décimo hasta el siglo décimotercio trabajaron por sacar del seno del caos feudal el municipio, que debía levantar al siervo del fondo del polvo del terruño, y la propiedad de las garras de los señores feudales, y el derecho de la tierra del espacio, donde se encerraba á la conciencia del hombre; y desde el siglo décimotercio hasta el siglo décimo-sesto trabajaron por constituir las grandes nacionalidades, por dar unidad al poder y el sello de la igualdad á la ley,

y desde el siglo décimo-sesto, hasta el siglo décono-nono trabajaron por escribir la idea del derecho al frente de la constitucion política de los pueblos, por encarnar el hombre con todas las facultades en el seno de la sociedad; y os dirán, por último, que no podemos interrumpir esta gran obra, antes debemos confirmarla extendiendo el derecho á todas las frentes, inspirando el sentimiento de la dignidad á todas las clases, para constituir la libertad que nadie puede suprimir, porque nadie puede suprimir al hombre; para llegar hasta la democracia, que nadie puede evitar, porque nadie puede evitar las leyes de la Providencia. (Ruidosos aplausos.)

Yo, señores, he hablado aquí muchas veces; he hablado sin recordar nunca mis ideas políticas; pero hoy no quiero que se olviden, hoy que tantos nos calumnian; y es necesario decir á los que nos tratan de enemigos de la religion, que la verdadera religion tiene por objeto imitar á Jesucristo, y que la imitacion de Jesucristo se conoce en una vida inmaculada y pura; y á los que nos tratan de enemigos de la familia, que nosotros miramos en el hogar doméstico un santuario inviolable que guarda el fuego más puro de nuestra vida (Aplausos), y á los que nos tratan de enemigos de la propiedad les diremos que acostumbrados á no mendigar nada al favor, á no querer nada de poderosas privanzas, á alcanzarlo

todo por nuestras propias fuerzas, sabemos lo que valen los frutos del trabajo (Aplausos); y á los que dicen que nosotros somos enemigos del orden y de la paz, les diremos que nosotros pedimos todos los dias á Dios que mande al ángel de la Providencia á sellar el libro de las revoluciones, y á establecer una paz inalterable, como ha de ser toda paz que gire como sobre ejes de diamantes, sobre la libertad y la justicia. (Estrepitosos aplausos.)

Señores, por lo mismo que parece que se ha querido sellar con una marca de reprobacion nuestra frente, debemos ofrecer á los ojos de los que nos calumnian una vida purísima. Vosotros sabéis que el talento, el valor, la popularidad, nada valen si no se asocian á lo más hermoso que hay en la tierra; á la virtud. Debemos sujetar nuestras ideas á la voz de la razon, nuestra vida á la voz de la conciencia, y cumpliendo fielmente nuestros deberes, manifestar en cuánto estimamos nuestros derechos. Nada hay más triste que ver las inteligencias oscilando entre dudas, los corazones corrompiéndose, faltos de grandes sentimientos, las conciencias olvidadas de Dios. Las generaciones viciosas no alcanzarán la libertad, no llegarán á la tierra prometida del progreso. Cuando Dios quiso sacar á los israelitas de la esclavitud, viéndolos corrompidos, apegados al interés, aguardó á que muriese aquella generacion enfer-

ma del alma, para derramar sobre la frente de otras generaciones más fuertes y virtuosas, el tesoro de sus promesas. Por lo mismo que deseamos la libertad, la igualdad, la justicia, si para realizarlas es necesario despojarnos de la esperanza del poder material de un día, que nada vale en comparacion del poder de las ideas, esencia de los grandes hechos históricos; si es necesario desasirnos de esos placeres de un día, que nada valen delante de la eterna satisfaccion de la conciencia; si es preciso, en una palabra, un gran sacrificio, hagámoslo en buen hora; que las generaciones elegidas de Dios son las generaciones mártires, y el bien y la verdad resplandecen eternamente en las páginas de la historia, en la conciencia de los hombres, y encuentran su premio en la justicia del Eterno.—He dicho. (Éstrepitosos y prolongados aplausos.)

FIN DEL CURSO PRIMERO.

CONFERENCIAS

PRONUNCIADAS EN EL ATENEO DE MADRID

—
Curso segundo.
—